

(San Jerónimo Norte, verano de 1989.)

A. José Klein y los colonos valesanos de San Jerónimo Norte

Luis Priamo

I.

BrazilierJophef, José *El Brasileiro*, así llamaban los colonos valesanos de San Jerónimo Norte a su vecino José Klein, el primer fotógrafo con estudio instalado que tuvo la colonia, fundada en 1858 y la tercera más antigua del centro de la provincia de Santa Fe. Klein —que firmaba sus fotos como A. José Klein, inicial de un nombre que no pudimos averiguar— nació en 1849 en Alemania y murió de tifus en 1898 en su chacra de San Jerónimo Norte. Antes de radicarse aquí, hacia 1865, su familia había vivido en las colonias suizoalemanas del Brasil, de allí el sobrenombre.⁽¹⁾ Ignoramos cómo llegó *BrazilierJophef* a la fotografía. Sabemos que hizo retratos de estudio por lo menos desde 1878 y que trabajó hasta el final de su vida, ya que sobreviven retratos suyos tomados en los años noventa del siglo XIX. De hecho fue el primer fotógrafo sedentario que encontramos en el interior de la provincia, es decir fuera de las ciudades de Rosario y Santa Fe. Veinte años de trabajo en una colonia pequeña como era San Jerónimo Norte y en épocas tan tempranas es algo inusual entre los antiguos fotógrafos de la región. Tres razones encontramos para esta circunstancia: en primer lugar su afincamiento como chacarero con tierra propia; en segundo lugar la diversidad de oficios desempeñados por Klein —además de su actividad regular como agricultor—, que le habrían permitido sobrevivir sin depender exclusivamente de la fotografía;⁽²⁾ y por último las características culturales de San Jerónimo Norte, que eran bastante singulares en el contexto de las colonias agrícolas santafesinas, como se verá más adelante. La única foto que conocemos de José Klein vivo (hay otra, difunto, cuyo autor desconocemos) fue tomada

cuando tenía unos cuarenta años por Gustavo Roegner de Castelli 57, Dolores, provincia de Buenos Aires, una localidad muy alejada de San Jerónimo Norte. Un desplazamiento así no era frecuente entre los colonos inmigrantes santafesinos propietarios de sus tierras, que eran muy sedentarios. Algunos murieron sin aprender el castellano, aún después de vivir muchos años en el país. Sin salir de sus chacras y pueblos les bastaba el valesano, el alemán o el piemontés de origen para desenvolverse normalmente.⁽³⁾ Tal vez porque hablaba portugués y no le fue difícil aprender el castellano, Klein fue atípico sin esfuerzo.

En la familia se recuerda que le gustaba viajar, y que la muerte lo tomó cuando preparaba un viaje a Suiza. Una anécdota que aún sobrevive relata que Klein, en sociedad con cuatro amigos, compró un campo en Charata, hoy provincia del Chaco, y que cuando viajaron para conocerlo fueron atacados por los indios. Uno de ellos murió y los demás salvaron sus vidas por milagro. Todo indica, en suma, que había en nuestro fotógrafo un fuerte espíritu de aventura.

Theiler recuerda que su abuelo tenía un estudio fotográfico perfectamente montado en su chacra, ubicada a un kilómetro de la plaza de San Jerónimo Norte, que en ese entonces era un pueblo de casas dispersas en pocas manzanas. Una gran claraboya cuadrangular en mitad del techo suministraba la luz natural necesaria, y las dos paredes mejor iluminadas de la habitación eran utilizadas como fondos para las tomas fotográficas. A diferencia de todas las galerías de pose de que tenemos noticia, la de José Klein no tenía telones: los fondos estaban directamente pintados sobre las paredes. El autor de las pinturas era un personaje extravagante de la colonia llamado Enrique Held, muralista, decorador de interiores, bohemio y alcohólico de mo-

dales aristocráticos que terminó de croto, durmiendo sobre la paja pelada en los galpones de las chacras. Held pertenece a la leyenda local: se recuerda que tenía una fórmula secreta para la perennidad de sus pigmentos y que murió sin confiársela a nadie. No encontramos ningún resto de murales pintados por Held en San Jerónimo Norte, y las paredes que pintó para Klein ya no existen.

Los fondos pintados del estudio de Klein señalan por lo menos dos cosas: la determinación del fotógrafo de no trasladarse y el carácter limitado que tenía por entonces la función social de la fotografía —todavía no era costumbre la foto del bebé o la de comunión, por ejemplo—, en una comunidad rústica que no reclamaba refinamientos especiales —fondos diversos, para el caso— y donde la existencia de un fotógrafo radicado en la colonia era poco menos que un privilegio. Hasta donde sabemos, San Jerónimo Norte fue la primera colonia agrícola que tuvo un fotógrafo con estudio instalado y actividad ininterrumpida durante años. Hacia fines de la década del setenta, cuando Klein ya trabajaba con regularidad, los vecinos de Esperanza y San Carlos —las dos colonias más antiguas de la pampa gringa y cercanas a San Jerónimo Norte— debían viajar a Santa Fe para tomarse una fotografía, o aprovechar la visita inesperada de algún fotógrafo ambulante. Para Esperanza eso cambió parcialmente recién en 1880, cuando Pedro Tappa instaló allí una sucursal y viajó desde Santa Fe regularmente para atender a los clientes durante dos o tres días. San Carlos, en cambio, debió esperar hasta fines de siglo, cuando H. Molina instaló su Fotografía “La Porteña”. Klein fue un buen artesano. Sus fotos se mantienen bien conservadas, lo que revela un tratamiento técnico cuidadoso. Por lo demás, no fue un fotógrafo





■
Damas no identificadas de
San Jerónimo Norte, ca.1890
Autor: A. José Klein
Colección Ernesto Albrecht

excepcional —sus retratos o grupos son convencionales y muy similares entre sí, desde el punto de vista de la pose o la distancia a cámara—, y no parece haberse interesado en tomar vistas de la colonia, ya que no encontramos ninguna pieza suya de este tipo. En el curso de la investigación que veníamos realizando, el encuentro de José Klein fue una sorpresa. Fuera de San Jerónimo Norte no habíamos visto ni una foto con el sello de su estudio, mientras que siempre encontrábamos fotos de los profesionales más antiguos de cada localidad en colecciones familiares de pueblos vecinos. Es como si Klein no hubiera fotografiado nunca fuera de San Jerónimo Norte —de hecho creemos que fue así— y la gente de las colonias vecinas no supiera que existía, a pesar de que fue, por lo menos durante diez años, como dijimos, el único fotógrafo instalado de modo permanente en la zona. Klein fue, entonces, uno de los pioneros de nuestra fotografía en el centro de la provincia de Santa Fe, pero aislado y casi secreto incluso en su tiempo. Esta nos parece una característica histórica de su figura muy significativa por las inferencias culturales que sugiere.

II.

Brazilier Jophel Klein refleja el aislamiento en que vivieron los colonos y vecinos de San Jerónimo Norte respecto de las demás colonias agrícolas santafesinas durante muchos años después de su afincamiento, en 1858. Los colonos de San Jerónimo fueron tradicionalmente cerrados y exclusivistas, tanto desde el punto de vista nacional de origen —es decir renuentes a todo lo que no fuera valesano— como religioso y racial. Una de las consecuencias de esa actitud fue la permanencia de algunas costumbres del Valais en la comu-

nidad, como los cantos populares tradicionales o la práctica relativamente generalizada de la lengua valesana hasta mediados del siglo veinte por lo menos. La tradición oral recuerda que a principios de la década de 1880, cuando se tendieron las vías férreas del Ferrocarril a las Colonias del Oeste, los colonos de San Jerónimo Norte se autoexcluyeron del proyecto, negándose a permitir que la línea prevista atravesara sus tierras, de modo que el ferrocarril no llegó al pueblo. La estación más cercana que tuvieron fue Las Tunas, diez kilómetros al este, y durante muchísimos años debieron cubrir esa distancia en carros, volantas o automóviles cuando tenían que viajar o despachar mercaderías y cereales. La razón de aquella negativa que tanto los perjudicó, sobre todo económicamente —y hay que saber lo que esto le dolía a nuestros campesinos para darse una idea del sacrificio que se impusieron— no fue registrada en documento alguno, sino guardada y transmitida por la memoria lugareña: el ferrocarril fue rechazado por asamblea comunal porque con él la colonia se llenaría de protestantes, negros —es decir criollos— y judíos.

De hecho esa xenofobia no era exclusiva de los colonos valesanos de San Jerónimo Norte. Los prejuicios raciales respecto del “negro” fueron y son moneda corriente en los pueblos de la pampa gringa —aunque ahora quizá más disimulados y vergonzantes—. San Jerónimo Norte fue, en todo caso, una manifestación un tanto hiperbólica de una característica común a todas las colonias agrarias santafesinas. Cuando llegaron los colonos inmigrantes europeos a la llanura central de Santa Fe ésta era una región vacía, donde la cultura pastoril criolla estaba prácticamente ausente. Durante décadas las colonias santafesinas permanecieron aisladas, de modo que la iner-



cia de lengua, costumbres y tradicionales nacionales de origen fue natural, al igual que la nostalgia por la patria natal. Todo esto, sin embargo, se desarrolló en medio de oportunidades económicas extraordinarias e impensables en Europa para esos mismos inmigrantes; en primer lugar, por supuesto, la posibilidad de ser propietarios de su tierra, que en la pampa gringa fue una alternativa concreta hasta los años ochenta por lo menos. Esa situación contradictoria produjo una integración análoga, que combinó un hondo afincamiento local, desde el punto de vista productivo y económico, con un aislamiento prolongado respecto de la cultura nacional, incrementado en San Jerónimo Norte por un sentimiento comunitario valesano de origen particularmente fuerte y cerril.

Si las fotos de *Brasillier Jophel Klein* hablaran, en suma, lo harían en valesano. Nadie las entendería —muy pocos, incluso, en San Jerónimo Norte hoy día—, pero no dejarían, por eso, de ser argentinas. Tal vez más, incluso. Y no me estoy refiriendo al pasado, es decir a los años de la formación histórica de nuestra cultura regional gringa, sino al presente atravesado, aún, de ajenidad, y a esa ajenidad como algo profundo de nuestra propia identidad cultural. Quiero narrar, a propósito de todo esto, un suceso que presencié en San Jerónimo Norte buscando fotos antiguas.

III.

Pedro Burcher es un hombre que vive en el pueblo desde que nació, hace más de sesenta años. Perteneció a una vieja familia de colonos y habla el valesano con la fluidez de sus padres y abuelos. Conoce a todas las familias del lugar, sus antepasados, ramas y parientes. Recoge fotografías viejas, documentos o



■ A. José Klein, difunto, 1898. Autor no identificado. Colección Mendrado Enrique Theiler.

libros que la gente ya no quiere guardar y retiene infinidad de historias y anécdotas del pueblo que le gusta mucho relatar. Ni bien supo de nuestra investigación sobre fotografía antigua santafesina nos ofreció su colección y nos propuso acompañarnos a visitar las antiguas familias que pudieran tener material fotográfico. Todos aprecian a Pedro Burcher en el pueblo. Saluda a los niños con el mismo respeto gentil que emplea para los grandes. Su rostro alegre y rosado abre las puertas de todas las casas inmediatamente y dos personas me dijeron, empleando las mismas palabras, lo que parece un tópico popular: “Pedrito Bur-



■ A. José Klein, ca. 1890.
Foto de Gustavo Roegner, Dolores, B.A.
Colección Mendrado Enrique Theiler

cher es el hombre más bueno de San Jerónimo”. Con un guía semejante nuestra búsqueda se simplificó. Una tarde llegamos con Pedro a la casa de la abuela Filomena Invinkelried, de noventa años. Entramos por el patio pero antes de llegar al emparrado Pedro me detuvo: “Vamos por el frente, parece que tienen visitas”. No tenían, y la nieta nos hizo pasar. Ya en el living, Pedro le explicó mi trabajo: necesitábamos ver fotografías antiguas y hablar con la abuela. La nieta tuteó. Dijo que la abuela estaba muy desmemoriada, un poco perdida, y que no iba a reconocerlo. Pedro se impacientó: “¡Cómo no me va a conocer, andá a buscarla, seguro que me va a conocer!”, dijo. La joven entró a la cocina y después de un momento regresó con la abuela Invinkelried. Bastón; pasos lentos, muy arrastrados; la mirada fija en el piso, temerosa de tropezar; el otro brazo apoyado en la nieta. La muchacha parecía tener razón... Sin embargo, Pedro se presentó en valesano, saludó a la abuela con tono normal y afectuoso y ella le respondió perfectamente. Nos sentamos. Pedro explicó de nuevo la razón de mi visita. Pidió fotos antiguas y la abuela Invinkelried mandó a su nieta a buscarlas. Cada foto que nos mostraba era reconocida de inmediato, y en algunos casos acompañada de anécdotas. Con ritmo lento y aliento cansado, el valesano fluía y explicaba. Pedro me traducía: “Ella dice que esta señora se llamaba...”. En un momento dado le observé que la abuela se veía normal y entonces Pedro se exaltó: “¡Pero claro, usted ve que ella se acuerda de todo. Lo que pasa es que habla nada más que el valesano. Ya no se acuerda del castellano. Por eso parece perdida, pero qué va a estar perdida...!”. Luego, como ejemplo probatorio de lo que afirmaba, comenzó a relatarme una anécdota sobre otra viejita del pueblo que había

Notas

pasado los últimos años de su vida en un hogar de ancianos que administraban las monjas de San Jerónimo. Pedro la visitaba de vez en cuando porque ella ya no tenía familia. Las monjas decían que estaba perdida, medio loca. “¡Y no era cierto! —dijo Pedro— Ella no se acordaba del castellano, o no quería hablarlo, por eso parecía que no se daba cuenta de las cosas. Cuando yo le hablaba valesano era normal”. Después agregé que la viejita aborrecía a las monjas. Eran rudas y ella necesitaba comprensión, cariño y, sobre todo, que le hablaran en valesano.

A propósito de eso, siguió Pedro, un día ella le dijo —en dialecto, por supuesto—: “Pedrito, llévame con vos, sacame de aquí que ya no aguanto más a estas negras hediondas”. Luego repitió todo el párrafo en valesano, como se lo había escuchado a la viejita, y cuando llegó a las palabras “negras hediondas” la abuela Invinkelried, que estaba fuera de la conversación, se largó una carcajada increíblemente vigorosa que nos sobresaltó a todos y nos hizo reír también. Repentinamente fue joven. Era claro que aquella expresión terrible había sido una fuente de regocijo en su época y que su audición imprevista estalló en su memoria como un surgente de alegría juvenil. Reía con la boca bien abierta y los ojos, detrás de los lentes, pasaban de uno a otro de nosotros, vivos y comunicativos. “Negras hediondas”, repitió Pedro en valesano, como si le regalara una golosina, y le relató en dialecto la anécdota que terminaba de contarme. Cuando llegó a la injuria mágica las carcajadas volvieron a sacudir las viejas prótesis gastadas de la abuela Invinkelried y llenaron el living de una alegría fresca y conmovedora.

Esas carcajadas profundas, que contrariaban el aspecto consumido de doña Filomena y negaban la pre-

(1) Este trabajo fue escrito al paso de una investigación sobre fotografía antigua en la provincia de Santa Fe que el autor realizó entre los años 1988 y 89.

(2) Según su nieto Mendrado Enrique Theiler, José Klein tuvo cinco oficios: relojero, herrero, carpintero, albañil y fotógrafo. También Pedro Tappa, el fotógrafo pionero de la ciudad de Santa Fe, tenía herrería y cerrajería antes de poner su estudio fotográfico. De hecho la multiplicidad de oficios simultáneos con el de la fotografía fue un hecho corriente en nuestra provincia por lo menos hasta la década de 1890.

(3) Uno de los primeros colonos que llegó a colonia María Juana en 1883 fue Berlamino Rivolta, de origen lombardo, que vivió allí hasta su muerte, en 1914, y no aprendió el castellano. Sin embargo debió aprender el piemontés, lengua casi exclusiva de los colonos de buena parte del oeste santafesino y este de Córdoba. (Luis Priamo, *Memorias de la pampa gringa*, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2005.)

sunción de atonía mental de su familia; la evocación sórdida del viejo racismo anclado en lo profundo de la cultura de nuestras colonias, que produjo el adjetivo *hediondas* para el sustantivo *negras*, despectivo en sí mismo —es posible que las monjas, además, no fueran criollas, sino simplemente no rubias—; la terrible situación de aislamiento espiritual de la viejita internada, sola con su lengua natal; la bondad de Pedro Burcher haciéndose cargo de aquel drama, contra el sentido común general; y el extraño sonido de la voz en dialecto valesano modulando “negras hediondas”, como llegado de un mundo ajeno que, sin embargo, siempre estuvo de algún modo en el mío; todo eso, súbitamente hacinado conformó una revelación instantánea y conmovedora, una epifanía sórdida y a la vez entrañable de nuestra cultura rural gringa profunda.

Terminamos de ver las fotografías y nos despedimos. Esperamos que la abuela Invinkelried volviera paso a paso a la cocina, del brazo de su nieta, y salimos a la calle. Aunque habrían sido muy convenientes para cerrar este relato no había fotos con el sello de A. José Klein entre las antiguas imágenes que quedaron sobre la mesa del living de doña Filomena.